

JORNADA FORMACIONES CLINICAS IF-EPFCL

GIJÓN, 9 de Mayo 2010

PONENCIA

El ser y el cuerpo: la certeza transexual

Francisco Estévez

Si un sujeto afirma *¡Yo soy Napoleón!* producirá en su interlocutor una impresión diagnóstica sobre su decir delirante. Sin embargo la expresión *¡Soy mujer!*, en labios de un sujeto de sexo anatómico masculino, puede producir en quien le escucha un sentimiento de comprensión. ¿Cuál es la diferencia?

El discurso actual, caracterizado por la creación de espacios de segregación crecientes – como ejemplo inmediato tenemos la última legislación del estado de Arizona, que el día 1 de Mayo hizo salir a la calle a decenas de miles de emigrantes en Chicago, ciudad de origen del presidente Obama, al grito de *¡Obama, don't deport my mamma!* - tiende, paradójicamente, a la extensión de lo unisex, negando, cada vez más, la diferencia de los sexos. El cinismo que todo lo domina segrega todo menos los sexos.

Pero esta negación de la diferencia no va acompañada de un incremento de los derechos, sino de un maltrato de los cuerpos. Aunque se proclame por doquier la libertad corporal, al pasar por el arco detector de metales todos se unifican en el sometimiento. Los pantalones se caen democráticamente, los abalorios se depositan, los tocados, los sombreros, los pañuelos del cabello, las gafas, los zapatos; todo aquello que supone un adorno y una función, es decir una particularidad subjetiva, sucumbe en las múltiples bandejas para las que el ser humano, todavía no octópodo, carece de adaptación evolutiva. Esta tragicomedia grotesca puede finalizar en el escáner integral, que te desnuda sin erotismo, pero también sin pudor.

La tendencia a lo unisex enmascara lo real de la diferencia y favorece la presencia de la transexualidad en el discurso común, tomada como un derecho. Si es indiferente ser hombre o mujer, también es intercambiable. Si alguien no se encuentra a gusto con su sexo, con su cuerpo, o con su género, basta modificarlo.

Sin embargo, el transexualismo es algo más radical. No es un derecho sino un impulso, no es una moda sino un paso al acto. Desde Lacan ese impulso tiene un nombre: *pousse à la femme*.

Sabemos que con el cuerpo no se nace; es algo que hay que construir. Su construcción se realiza sobre la base del ser viviente, de su organismo, por efecto del lenguaje. El cuerpo como tal sólo existe habitado por la palabra. De ahí la incidencia de ésta en el cuerpo, como muestra la anatomía fantasmática de la histeria, de la que hablaba Freud, que sigue las vías *sui generis* del saber popular, homólogas a las manifestaciones sintomáticas del dolor conversivo, tan diferentes de las de la anatomía médica, que transita sólo por vías estructurales del organismo.

La pulsión rodea y recorta ciertas zonas del cuerpo, constituyéndolas en zonas erógenas, localizadas en torno a los orificios corporales, lugares de borde donde se diluye la frontera interior / exterior. La pulsión es siempre parcial, al menos por dos razones, porque ningún objeto puede dar cuenta de su satisfacción completa y porque bordea lugares recortados del cuerpo. Dado que los bordes corporales, el abismo de sus orificios, son los lugares donde el cuerpo del sujeto se aplica en el intercambio con el cuerpo del Otro, materno especialmente, las pulsiones parciales son la evidencia de que ese cuerpo es tocado no sólo por las manos, sino por las palabras del Otro.

Esta fragmentación pulsional del cuerpo se unifica bajo la mirada del Otro. Pero ello requiere que esté constituida la palabra fundante, aquella que, operando como tercero entre el niño y su madre, permite introducir entre ambos el límite del N-d-P. Esta es la condición para que la fragmentación pulsional pueda regularse bajo una imagen unificadora: la imagen del propio cuerpo en el espejo sostenido por los brazos y la mirada del Otro.

Cuando esta unificación fracasa, es decir en la psicosis, ciertas operaciones de suplencia se ponen en marcha de manera urgente, en una urgencia vital para sortear el paso al acto. No hay que olvidar que los fenómenos de la psicosis, si bien se originan en un fracaso de la estructura significativa, que Lacan denominó forclusión, afectan al cuerpo de goce, a la imagen del cuerpo y a su unidad identificante. Por eso, al fracasar la función identificante de la imagen se producen, en la psicosis, fenómenos como el del doble, tan dramáticamente humanos.

Conviene recordar que en el ser humano las experiencias de goce en el cuerpo, la captación de la imagen en el espejo y el ordenamiento de las palabras en el discurso se articulan entre sí gracias a la regulación que establece la primacía del significante. Esta primacía es fácil de entender si tomamos como metáfora la clave musical. La música es un ejemplo preciso porque ella misma tiene estructura de lenguaje.

Como sabemos, es imposible ordenar armónicamente los sonidos musicales si no existe una nota central, llamada clave, que nombra, fija y ordena a todas las demás, regulando la relación entre ellas. Si falta la clave, las notas pierden su carácter musical, desencadenando una deriva de sonidos azarosos y horriblos.

En la psicosis, al faltar la palabra fundante, equivalente en el sujeto a la clave en el pentagrama, se desanudan todos los niveles de la función significante, desplegándose el delirio con su intrusión psicológica e invadiendo los juegos significantes por completo al sujeto a través de una sonoridad particular. Para no sucumbir a la muerte psíquica el sujeto busca un nuevo anudamiento. Las diversas formas de la psicosis son un ejemplo. El transexualismo es uno de ellos.

Consideremos que en la dialéctica de la intersubjetividad humana existe una triplicidad por la cual el sujeto se desdobla en *yo, tú y él*. La psicopatología de la vida cotidiana aporta suficientes ejemplos. Cuando alguien afirma, incluso cantando, *yo soy aquél que por las noches te persigue*, se desdobla entre la primera y la tercera persona pronominal. Pero cuando alguien absorbe tropiezo, se hace daño y se reprocha a sí mismo *¡qué tonto eres!* se está ubicando en la segunda persona. Y si bien en el sujeto normal hablarse con su yo nunca es del todo explícito, en la psicosis cuando un sujeto es apelado desde el lugar del Otro con *¡Tú eres padre!*, no tiene modo de sostener esa función ya que carece del significante que la determina, desencadenándose en su lugar fenómenos dispersos de lenguaje. Lo mismo sucede cuando es apelado *¡Tú eres hombre!*, por ejemplo en el encuentro con el otro sexo. Aquí, el que devendrá transexual se ubica bajo el fenómeno del *Unglauben* (incredulidad), compensándolo con la certeza *¡Soy mujer!*

Ante un cuerpo de hombre en el que no cree por estar forcluida la clave significante, retorna desde el exterior la certeza *¡Soy mujer!* Es la inocencia del transexual que, parafraseando al paranoico, declara: *Soy inocente de tener este cuerpo que la naturaleza*

me ha dado. El error es suyo.

Si tenemos en cuenta que la fórmula del fantasma, en la neurosis, consiste en ser el objeto que le falta al Otro, en la psicosis se traduce en ser la mujer que le falta a los hombres, como nos muestra el presidente Schreber, y, en la asíntota, ser La Mujer de Dios. El transexual no transita un camino diferente, sino que, un poco menos afectado por la megalomanía, se conforma con ser *La Mujer*. Bien entendido que ser *La Mujer única*, excepcional, no una mujer más.

Esto, que es un delirio, produce, por supuesto, un efecto de apaciguamiento, pues la transformación en mujer localiza el goce en el cuerpo, en la imagen de mujer. Ya no está disperso.

Ser la mujer que falta, en la psicosis, tiene una fuerza de estabilización tan potente, al menos, como en la neurosis ser la x que falta al Otro. La estabilización delirante restituye una imagen unificada, la de mujer, que opera como restauración imaginaria – mediante la feminización – del significante clave forcluido. Según qué posición ética tenga el sujeto transexual podrá conformarse con una metáfora delirante de predominio imaginario, o bien incidir al máximo en lo real del cuerpo, reclamando y pasando al acto de la emasculación, arrastrando a los poderes públicos, al Otro grande, a la obligación de restaurar lo que la Naturaleza ha negado.

Entre el reclamo a la Naturaleza, con mayúsculas, y a la Administración Pública, también con mayúsculas, se desencadena un delirio, aquí sí, megalomaniaco. ¿Vamos a caer todos en él?